

Guillermo Feliú Cruz

# La literatura histórica chilena

## NOTAS SOBRE SU DESENVOLVIMIENTO

SUMARIO: I. La Universidad y la historia nacional.—II. La tendencia hacia el historicismo.—III. Las guerras de Arauco y la capacidad guerrera de los araucanos.—IV. La glorificación del araucano por el español. El patriotismo del criollo y del mestizo.

### I.—LA UNIVERSIDAD Y LA HISTORIA NACIONAL,

 UNQUE el movimiento literario de 1842 no dió vida a la Universidad de Chile por haber sido ella concebida en virtud del Decreto Supremo del Ministro de Instrucción Pública, Mariano de Egaña, de 17 de abril de 1839, es una curiosa coincidencia que la ley de su fundación sincronice con el año del despertar de los espíritus jóvenes nacionales en busca de nuevos horizontes para crear una forma, hasta cierto punto propia, de una literatura chilena.

Lastarria, en efecto, pronunciaba la oración inaugural de la Sociedad Literaria el día 3 de mayo, y en ese discurso había fundamentado los elementos que debería tener la nueva literatura, y seis meses más tarde, el 19 de noviembre, promulgábase la ley que creaba la casa universitaria, a la que debería corresponder la dirección de la enseñanza en cada uno de sus tres grados, en especial de la profesional, y la atención del desen-

volvimiento científico y literario, desde el académico. Un año más tarde, el 17 de septiembre de 1843, la Universidad abrió sus puertas y se proclamaba, de acuerdo con su estatuto orgánico, «protectora de las letras y ciencias» en Chile, atrayendo hacia su seno la corriente impulsadora del movimiento literario. Los más destacados fautores de este memorable hecho cultural, pasaron a formar parte de la nueva corporación docente y académica. Carlos y Francisco Bello, Antonio García Reyes, José Victorino Lastarria, Rafael Minvielle, Juan Ramírez, Salvador Sanfuentes, Domingo Faustino Sarmiento, Manuel Talavera, Antonio Varas, José Joaquín Vallejo y Manuel Antonio Tocornal, fueron designados miembros, los primeros, de la Facultad de Filosofía y Humanidades; y, el último, de la de Leyes y Ciencias Políticas, en 28 de junio de 1843.

Desde entonces, en la casa en que va a enseñarse el magisterio de Bello, el movimiento literario se canaliza en forma más permanente y recibe un aliento más vital que el que podía inspirarle la Sociedad Literaria, nacida de una bella y generosa iniciativa particular, debida a las ilusiones de un grupo de jóvenes de verdadero talento, y al concurso que a ese movimiento podía prestarle, para la difusión de las producciones de los nuevos escritores, un periódico como «El Semanario», que se encontraba expuesto a las contingencias de las suscripciones ocasionales de aquellos mismos jóvenes altruístas, pero ordinariamente divorciados de la fortuna y ni siquiera con el de un mediano pasar. La tribuna universitaria, en cambio, tenía más amplia resonancia, otorgaba más prestigio por su antecedente oficial y de cuerpo sabio, y los «Anales» de la corporación en que irían a vaciarse los estudios de los nuevos escritores, les prometía una expansión más allá de las fronteras nacionales. Los concursos, los certámenes, los premios por los temas designados por el Consejo de la Universidad y las Facultades, debían acrecer el brillo y la fama del escritor favorecido, y darle al trabajo literario una seriedad que lo ponía a salvo de las dis-

tinciones caprichosas de las capillas y comparsas de las letras. Así, la Universidad controló el movimiento de 1842, y a ella se debe el nacimiento de algunos géneros literarios en la literatura naciente. La jurídica, que ya tenía una tradición en la colonia, renació al impulso sostenido de este Instituto y por obra del propio Bello ensanchó su esfera; la novela se desenvolvió al amparo de sus certámenes, y la poesía, y la música, y las bellas artes, cual más, cual menos, encontraron en la corporación un soplo de vida, que las alentó en sus primeros débiles pasos. Sólo el teatro fué ajeno a las preocupaciones de la Universidad; si él no cayó dentro del rol de la influencia del docto cenáculo, indirectamente, al estimular los géneros literarios afines, le consagró rango en las letras nacionales, orientándolo por la crítica ejercida por el mismo Bello, por sus traducciones de esta naturaleza y por el aporte original que le dieran Carlos y Juan Bello y Rafael Minvielle, miembros del cuerpo. El teatro ya entonces, por otra parte, tenía vida más propia que cualesquiera de las otras categorías de la preceptiva.

Ningún género de la literatura chilena de este período iba a adquirir un desarrollo más considerable que la historia, sin embargo, fué la creación genuina de la Universidad en el siglo pasado, hasta convertirlo en el más sólido de todos, si acaso no siempre como alta manifestación de sentido artístico, al menos como trabajo de verdadero valor científico y de profunda sabiduría.

Los fundadores de la historiografía nacional fueron todos miembros de la casa de Bello: Diego José Benavente, por ejemplo, formaba parte de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, y por sus años, sus antecedentes, sus servicios al país y hasta por sus tendencias, pertenecía a la generación que en los campos de combate había dado su sangre por el ideal emancipador y contribuido después a organizar la República, debatiendo los principios de la nueva aurora en el periodismo, en las asambleas legislativas, o imponiendo el credo de la reforma desde las al-

turas de un ministerio de Estado. Los otros cuatro fundadores de este género eran hombres de su generación, eran los secuaces del movimiento literario, y se iniciaban en la vida pública por primera vez como funcionarios, como políticos, profesores, periodistas, escritores y oradores, a quienes la Universidad les destinó un lugar destacado en sus tareas, Lastarria, Tocornal, Sanfuentes y García Reyes, pertenecían a la primera generación de hombres que lanzó la República, cuando ya ésta se hubo consolidado después de Chacabuco. Han nacido, precisamente, en 1817, y junto con otros, como Antonio Varas, José Ignacio, Víctor Eyzaguirre y Francisco Solano Astaburuaga, van a servir al país con la conciencia de su responsabilidad, y persuadidos de su misión histórica como hijos del primer fruto de la libertad republicana.

A partir del nacimiento de la historia nacional como creación de la Universidad, y como el nervio más sólido de la literatura chilena en el siglo XIX, la crítica va a destacar esta característica de nuestras letras. Ya Menéndez y Pelayo sintetizó así el juicio que tal hecho merecía, cuando dijo refiriéndose a ella: «No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan estudiado, ni papel de sus archivos y los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios. Chile, colonia secundaria durante la dominación española; tiene historias más largas que las de Roma, por Curtius y por Grote». Pero el impulso dado por la Universidad al florecimiento de la historiografía, no era otra cosa que la reanudación de la tradición colonial, es decir, iba a unir el eslabón roto de la simple crónica con una historia más depurada, más bien investigada, sometida a una severa crítica de fuente y antecedentes. Tanto en los tres siglos en que dominó el imperio de España en Chile, como en los años de la República que se alcanza hasta 1842, y en todo el resto de ellos la forma primitiva del conocimiento del pasado, la crónica, y la historia científicamente cultivada serán la columna vertebral del pensamiento chileno. ¿Cuál es el ori-

gen de esta tendencia que deriva hacia el historicismo? ¿Cuál es la causa de esta vocación? ¿El genio nacional tuvo especial aptitud para esta clase de estudios?

## II.—LA TENDENCIA HACIA EL HISTORICISMO.

He aquí una materia que es previo esclarecer antes de considerar el desarrollo de la historiografía moderna, porque la base de su tradición se encuentra enraizada en la del período colonial, y es conveniente por ello puntualizar el asunto. En efecto, la crónica histórica aflora en Chile en el momento mismo en que su territorio y sus hombres entran en el escenario del gran drama de la empresa española del descubrimiento y conquista de América, casi en la primera mitad del siglo XVI. La expedición de Almagro, planeada para el descubrimiento, conquista y colonización del país de una manera definitiva, fué, por las circunstancias en que se desenvolvió, un hecho puramente transitorio, sin consecuencias. Apenas si fué un viaje de reconocimiento, que dejó una experiencia de amargura y de desaliento en cuanto al objetivo de ella, pero que hizo vislumbrar a las mesnadas de Carlos V, la existencia de un pueblo indómito más al sur del río Maule, donde el resultado de un combate, en la batalla de Reinogüelén, quedó indeciso. Los tercios de Almagro que entraron en esa acción, al mando de Alvarado quedaron humillados: era la primera vez que no vencían. La expedición, con todo, tuvo un cronista. Se llamaba Cristóbal de Molina, y era natural de Huete, cerca de Leganiel, en España. En la «Conquista y Población del Pirú», ha trazado en un cuadro enérgico, de colores muy vivos, los horrores de esa aventura. Su visión de los hechos que presenció está deformada por su espíritu cristiano y apostólico, que le hace ver en las actitudes de los castellanos, crueldades tremendas. Pero el tono de su voz es impresionante. Las penas y los sufrimientos de los soldados expedicionarios al internarse

en vastas, dilatadas serranías, al ascender las montañas de los Andes cuajadas de nieves eternas en el corazón del invierno, al paso de ríos desbordados en la época de los deshielos cuando éstos se desbocan como en una catarata loco, son dramáticas escenas que animan la prodigiosa aventura, y que confirman el temple de la psicología del conquistador. Los indios yanacunas, los de servicio, han encontrado en el cronista el apologista desinteresado de sus martirios. Ha descrito la muerte desgarradora de ellos cuando caminaban por los senderos cordilleros apenas hollados por el hombre, con las cargas a cuestas, sangrantes los pies heridos por los punzantes guijarros, entumidos por el frío, semidesnudos y enloquecidos por el dolor, la fatiga y el recuerdo de los lares que dejaban atrás. Los ha visto amarrados en sartas para que no pudieran huir, y arrastrar en la caravana a sus compañeros caídos, «porque para no mella el filo de las espadas en el cuello de los difuntos, era de más cuenta hacerlos seguir a los vivos hasta que la cabeza se desprendiera del tronco». Y mientras seguía su paso el fatídico desfile, el olor de la carne putrefacta llamaba a los cóndores desde las alturas increíbles de los picachos. Volaban describiendo círculos muy amplios al principio, luego más cerrados, hasta tocar el grupo, para huir, en seguida, despavoridos, o bien, con el trozo de un miembro humano, arrancado con un certero picotazo. Allí quedaban, a la distancia, saciándose con la presa.

He aquí un dato que revela lo que valía el concepto humano de un indígena. La hueste que se movilizaba lleva en sí las primeras formas de un pueblo futuro, todo lo más indispensable va con ella para echar la base de una ciudad rudimentaria, por entonces. El hierro es para esos hombres tanto o más apreciado que el oro: los animales, como los caballos, son la base de toda empresa de conquista. A la expedición, seguían algunas yeguas preñadas. Los potrillos que nacían en el áspero trayecto eran conducidos en hamaca por los indios yanacunas,

y se les sometía a un cuidado mucho más vigilante que aquel que no alcanzaba al pobre indio. Todavía, a veces, su cadáver servía para algo. En la noche el frío glacial cortaba las carnes en el desierto, cerca del macizo andino. Allí sopla un viento que se adentra en el cuerpo como la clavadura de miles de miles de agujas, insensibiliza los nervios hasta el punto de que un español—su nombre lo recuerda el cronista—al buscar reposo en la noche, cuando va a sacarse en su tienda los borcegués, aterido, yerto los miembros, se le desprenden los dedos de los pies, sin darse cuenta del atroz desgarramiento. Pero este soldado tenía tienda, un abrigo siquiera. Los indios de servicio hasta de ello carecían; debían dormirse a campo raso. El viento gélido les adormecía las carnes, y para protegerse de esas fatigas buscaban refugio parapetándose en los cercos de cadáveres, que levantaban para contener el ímpetu desolador de la ráfaga.

### III—LAS GUERRAS DE ARAUCO Y LA CAPACIDAD GUERRERA DE LOS ARAUCANOS

Ese es el cuadro del paso de Almagro en su expedición a Chile. Caben otros sangrientos todavía, que son ya en su especie, de un género común a los otros de la conquista de América. Sin embargo, el cronista Cristóbal de Molina debe ser considerado como un narrador aislado en la historiografía colonial de Chile, aunque participe de las cualidades y defectos de los que posteriormente deberán seguir su huella, como un impulso irresistible del sino. ¿Qué es lo que mueve, lo que decide a soldados ordinariamente incultos y a frailes presuntuosos de sabiduría teológica, con más o menos letras, a tomar la pluma para narrar la historia de la conquista de Chile? En la crónica dejan constancia, casi siempre, de la mala ventura de las armas españolas, de sus reveses e infortunios. Es como si quisieran reconocer la superioridad del indígena y la impotencia de

las orgullosas armas españolas para concluir dominando a los bárbaros. ¿Qué es entonces, lo que lleva a soldados, frailes y letrados a recordar este pasado? Es el grandioso espectáculo de las guerras de Arauco, en primer término. Sin darse cuenta del significado de ellas, de lo que en sí misma entrañaban, percibieron vagamente que en ese fenómeno había algo más que una sucesión inacabable de hechos de armas, que ellos no supieron explicar, pero que, inconscientemente, se les representaba como algo extraordinariamente superior. La intuición, sin que se expresara por un razonamiento y bajo formas sólo admirativas, comprendió el choque de las dos razas que se enfrentan en esta lucha sin paralelo en la historia de la conquista de América. La sensibilidad del conquistador, por atrofiada que la supongamos para apreciar el espectáculo de estas guerras, en las que fué generalmente actor, rebotó de nuevo al considerarlas como un hecho insólito, sin precedentes en la historia militar española, sobre todo cuando la fama de su infantería corría por la Europa como la de una leyenda envuelta en la noción de lo invencible y de la victoria. Ahora era un pueblo salvaje quien detenía su ímpetu y quien ponía a raya los designios de su misión civilizadora. Los sentimientos caballerescos de la casta militar se inflamaron de respeto hacia ese pueblo, y la hidalguía que anidaba en los letrados y frailes, fué parte a destacar el heroísmo de esa raza, hasta llegar, a veces, a desfigurar su verdadera historia, exagerando sus cualidades y transformando a sus hombres en héroes como los de Ariosto.

El pueblo mapuche, en plena vivencia de sus extraordinarias condiciones psíquicas, en el instante en que va iniciarse el duelo con el español, no era tan simplemente una horda de salvajes ni había alcanzado tampoco un grado de civilización superior. Estaba casi en un punto intermedio entre esas dos etapas culturales, y acaso en algunos aspectos, como en el militar, por ejemplo, por su excepcional capacidad para la guerra, dejado atrás a los más avanzados. La mente objetiva y

realista del castellano sorprendió en el acto lo que había de permanente en la psicología mapuche: el amor a la libertad, bajo las formas más precarias de organización social y religiosa, le hirió desde luego; del mismo modo, el cariño a la tierra por ellos conquistada, hacía por lo menos ciento cincuenta o doscientos años, no dejó de llamarles la atención en un conglomerado social donde el espíritu de familia, por lo menos en el hombre, parecía no haberse desenvuelto demasiado a causa de las preocupaciones militares y guerreras. Pero en el espacio de tiempo secular en que se habían asentado en la tierra, ya la habían hecho su patria y la sentían como tal. Habían venido de las regiones pampas, atravesando la cordillera e introduciéndose como una cuña entre el Biobío y el Toltén, quebrando la unidad cultural,—en ningún caso de la raza—que aquí en esa región existiera. Dominaron hasta la ribera norte del Maule y prolongaron su influencia hasta un poco más al sur del Toltén. No era un gran territorio ni el mejor dotado para hacer prosperar un pueblo que no hizo del trabajo una escuela sino en aquella parte que estrictamente le demandaba su subsistencia.

Luego debían observar los españoles que los mapuches a quienes generalizando ampliamente Ercilla llamó araucanos en un sentido literario antes que etnológico, poseían una imaginación militar y una voluntad guerrera, cuales hasta entonces no habían conocido. La imaginación, los hizo apropiarse de la táctica y de la estrategia española en lo que de ellas podían utilizar; la voluntad les hizo cometer prodigios de heroísmo, de resistencia física y moral. Valdivia fué el primero en percibir el genio creador del araucano en lo tocante a los asuntos militares. Su juicio, como soldado que había combatido en Flandes a las órdenes de Enrique de Nassau, y en Italia bajo las del Marqués de Pescara, es de considerable importancia. El capitán extremeño asociaba la manera de pelear de los araucanos con la de los tudescos, según lo expresaba en una carta a Car-

los V. De no haber perfeccionado su táctica guerrera después de Reinogüelén, Quilicura y Andalién, la resistencia araucana se habría derrumbado como cayeron, una a una, la de los otros pueblos de América, y el heroísmo, la fortaleza para resistir dolores y sacrificios corporales, no habrían sido más que un largo e inútil martirologio. Desde la muerte de Valdivia en Tucapel ya saben los soldados españoles que la guerra en que se encuentran empeñados es diferente de todas aquellas en que han actuado en la conquista del mundo de Colón. Por primera vez el araucano utiliza el sistema de escuadrones sucesivos, según las instrucciones de Lautaro, y el caballo entra en juego al servicio del indígena, manejándolo tan diestramente como sabían hacerlo los españoles. Cuando se convenció, que, debido a las armaduras, y frente a las espadas de los castellanos, la honda y la flecha, eran de escasa importancia en los combates, perfeccionó la lanza, permitiéndole maniobrar a una distancia que inutilizaba la obra temible de este acero y que abollaba la coraza. Para contrarrestar el poder intimidante del caballo y neutralizarlo en su extraordinaria movilidad, buscó los terrenos en que este animal no pudiera desenvolver su actividad: las ciénagas y las cordilleras escarpadas, y cuando debía luchar en terreno plano, en el cual la ventaja estaba casi siempre de parte de la caballería, ideó el bastón corto o garrote para encabritar o aturdir la bestia. Fué más lejos todavía. Contra la artillería el araucano no tenía nada que oponer. Sus disparos habrían brechas tremendas en los cuadros; pero luego se persuadió de que los cañones o culebrinas no eran tan mortíferos si se consideraba, desde el emplazamiento de la pieza, el alcance de la dilatación de los efectos de la bala. Pues, los araucanos supieron calcular y regular la acción de esta arma, y aun la contrarrestaron de otro modo. Dueños del manejo del caballo y del lazo, tiraban la cuerda sobre el arma y le arrastraban, volteándola: con los jinetes hicieron lo mismo y los caballos quedaban fuera de combate, mediante el uso de las boleadoras

que les quebraba las manos. De los españoles aprendieron la construcción de fosos, y superaron a sus maestros. Los abrían de relativa profundidad y extensión y los cubrían de un ramaje verde de manera que la caballería engañada cayera en ellos. Protegían la retirada tal como lo hacían los castellanos. Ya no pelearían más a campo raso. Las alas de sus ejércitos tendrían apoyo en elementos naturales; un río, una montaña, un bosque, de manera que el obstáculo les permitiera rehacerse después de una derrota, y esto para hacer de ella una victoria, cortándole al enemigo la retirada cuando iba en persecución del vencido. Le dejaban avanzar, internarse en el bosque, repechar la montaña, adentrarse en terrenos accidentados, a fin de irlos cercando con albarradas o fuertes destacamentos de guerreros. Las troneras movibles las perfeccionaron maravillosamente, echándolas sobre los tercios castellanos a la manera de los tanques actuales. Los españoles las usaban para hacer más mortífero el efecto de las ballestas y arcabuces en el centro mismo del grupo araucano; éstos las echaban a rodar para aplastar y reventar las fuerzas castellanas. La infantería montada fué una invención del genio militar araucano. No aprendieron el uso de las armas de fuego, sin embargo. Pero el cronista Diego de Rosales, tan particularmente informado en las cosas de las guerras de Arauco, cuenta que un arcabucero español renegado había comenzado a instruirlos en su manejo, cuando fué apresado por el gobernador Alonso de Sotomayor. Culminaron en la organización del sistema de espionaje. Es esto lo que ha permitido decir al historiador francés Claudio Gay: «La causa de la eterna lucha eran la táctica y el valor de esos hombres invencibles. El número de sus guerreros, en verdad ilustres, ilustres por hechos asombrosos, sin mezcla alguna de sofisma parece increíble; y su táctica era la de Follard, la de los mariscales de Luxemburgo y de Villars y otros autores sobre el arte de la guerra». De sus adversarios dice que «sus enemigos

eran los vencedores de Europa» y que «lo que los españoles no han podido hacer ningún ejército lo hubiera hecho en iguales circunstancias».

#### IV.—LA GLORIFICACIÓN DEL ARAUCANO POR EL ESPAÑOL. EL PATRIOTISMO DEL CRIOLLO Y DEL MESTIZO.

La admiración hacia ese pueblo encendió antes de mucho la imaginación española. Los más brillantes soldados, los capitanes de Flandes y de Italia, como Valdivia, Francisco de Aguirre, Alonso de Sotomayor, Alonso de Ribera y Alonso González de Nájera, levantaron al adversario a su propia altura, y llegaron a respetarlo. La ráfaga desprendida del heroísmo del pueblo araucano, de la virilidad de su alma, como hecho cierto o simple leyenda, difundióse por España rápidamente después de la publicación de «La Araucana» de Ercilla, y de ese poema épico, el mejor de la lengua, se sucederán otros, henchidos en la glorificación de esa raza extraordinaria, como el de Diego Santisteban y Osorio y Pedro de Oña; y todavía el teatro debía explotar el asunto por intermedio de la pluma de Lópe de Vega, Juan Ruiz de Alarcón y Juan Pérez de Montalvan. La crónica desbordará en la materia por boca de Antonio de Herrera, Luis Tribaldos de Toledo, Cristóbal Suárez de Figueroa y cuantos escribieron en la península, sin conocer de las cosas de Chile. Esta glorificación de la raza araucana por sus propios enemigos, es también un hecho singular, aunque no ajeno al temperamento español noble, generoso e hidalgo, dispuesto a conocer en su contrincante, cuando lo ha vencido o se ha medido con él en iguales condiciones, las cualidades de su heroísmo. El alma caballeresca de Ercilla fué la primera en rendir homenaje a la virilidad araucana y en condenar los horrores de la guerra; más tarde, simples soldados, sin la sensibilidad poética del autor de «La Araucana», harán lo mismo: y frailes y letrados no dejarán de levantar su voz para protestar de los abusos de la

guerra y de la humillación a que son sometidos los defensores de su tierra. La hidalga actitud de Ercilla ha sido considerada como contraria al pueblo español, y no ha faltado quien le haya acusado de exagerado en su apreciación de la obra de los castellanos en la conquista, y de constituir un desdoro para ellos el enaltecimiento de ese pueblo bárbaro. He aquí lo que decía Herder a este respecto en 1830: «¿A qué sentimiento obedecías tú, bravo y buen Ercilla, cuando te propusiste contar las crueldades de tus compatriotas contra los araucanos, tú que habías sido testigo ocular y que no podías desconocer el buen derecho, las virtudes y el valor de los enemigos? El orgullo nacional, una falsa noción de lo que se debe a la patria, a la religión y a la gloria de Europa, te cegaban, mientras que el sentimiento de la humanidad despertaba algunas veces tu compasión y tu simpatía. ¡Cuán borradas debían estar las reglas del derecho y de la justicia para que actos de la naturaleza pudiesen convertirse en epopeyas de la especie humana! Este frenesí duró medio siglo, y en una gran parte de la tierra se celebran aún estos productos, epopeyas en que no se respira más que codicia feroz y fanatismo arrogante».

Así se fué generando en el alma española un sentimiento de admiración hacia el pueblo araucano. Para el criollo, el espectáculo de esa resistencia, el espíritu libertario de ese pueblo, sus virtudes heroicas y su grandeza en las adversidades, lo hizo confundirse con él, creerse su heredero, su legítimo descendiente. Ser criollo o mestizo chileno, era ser hijo de Arauco, y las aptitudes militares de que dió muestras el pueblo, su vigor para sufrir las privaciones de una vida sin aliciente, su fortaleza para luchar en los combates de su historia, la astucia, la habilidad, la inclinación al alcohol y al robo, su mismo patriotismo, todas sus cualidades y defectos, eran los vestigios de la sangre araucana, el ancestro que revivía en las nuevas sábanas sociales formadas por la colonización española. Los hombres que dirigieron más tarde la gesta emancipadora cuando quieran

exaltar el patriotismo y deseen hablar de los bienes de una República igualitaria, usarán un lenguaje en el que se evoque a la raza invencible. ¡Hijos de Arauco! dirán. ¡Descendientes de Lautaro. Caupolicán y Galvarino!, se llamará al chileno. Y la mujer va a encontrar en Tegalda, Fresia y Guacolda, la más lejana y pura virtud de su patriotismo. El nombre de Lautaro significará el emblema de la libertad.

Había una razón para estas advocaciones, como acaba de verse, y no faltaban aquellas que motivaban la admiración. El cronista Diego de Rosales escribe en su «Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano», estas palabras sugerentes: «el católico celo de los Reyes de España para traer al conocimiento de su Dios a las gentes bárbaras de todo este nuevo Orbe de las Indias y en particular de este Reino de Chile, en cuyos altivos naturales halló luego la predicación del Evangelio el tropiezo a las puertas, dando con ellas en los ojos a los ministros y a los primeros conquistadores y pobladores, haciéndoles fuerte resistencia sus armas y cruda guerra su osadía juzgando que los ejércitos del Rey de España serían como los del Rey Inga, monarca del Perú, que habiendo intentado su ambición el ser obedecido por los chilenos y venerado por hijo del Sol y entrado con cien mil combatientes hasta los Promanaes, no pudo dar paso adelante y le obligaron a dar muchos atrás las armas y furor chileno. Mas, la valentía española, no con cien mil combatientes, sino con ciento y sesenta, penetró toda la tierra y a costa de muchos reencuentros y reñidas batallas pobló ciudades en toda ella, enfrentando al indómito araucano, al imperial altivo y al valdiviano soberbio. Pero en altivez nativa, mal sufrida: su indómita cerviz, nunca sujeta al yugo; su natural inquieto, mal hallado con el nuevo imperio, movió siempre guerra intentando sacudir el yugo y echar de sus tierras al ejército español (aunque pequeño) como había echado de ellas al numeroso del Inga. Y en esta vaga pretensión se han consumido y han consumido más de cuarenta y

cuatro mil españoles (gran número para las Indias donde hay tan pocos) y han obligado a gastar a la Real Hacienda treinta y nueve millones, eternizando su porfía la guerra en Chile y dilatándola por siglos, pues ya ha pasado uno y se va continuando otro desde que comenzó esta guerra con el primer descubridor Almagro, año de 1535, hasta el de 1673, en la que va dando fin el gobernador don Juan Henríquez. . . » Desde 1673, año en que escribía el padre Rosales, hasta 1810 ¿cuánto dinero y cuántos hombres costó a España la guerra de Arauco todavía? Con razón el cronista llamaba Flandes Indiano a la región donde se desenvolvía esta lucha, y a la verdad que merecía tal nombre, porque es un hecho cierto que el sometimiento de la Araucanía, como Flandes, nunca conquistados, importaron a la corona sus más fuertes y graves desembolsos sin obtener prácticamente objeto alguno.

(Continuará).